

ALGUNOS PROBLEMAS EN EL ANÁLISIS DE LA REVOLUCIÓN ETIOPE

MAXINE MOLYNEUX
Universidad de Essex

EL PRESENTE TRABAJO tiene un carácter tentativo, exploratorio. Es un intento de compendiar algunas de las principales características de las estructuras políticas que han surgido desde el comienzo de la revolución etíope en 1974 y de destacar algunos de los principales problemas planteados por los primeros años de este proceso revolucionario. Las fuentes en que este trabajo se ha basado son, inevitablemente, limitadas: una lectura de las fuentes secundarias disponibles,¹ combinada con observaciones hechas durante dos visitas a Etiopía (diciembre de 1977, febrero de 1978) y discusiones con etíopes y expertos sobre Etiopía en el extranjero.² Más importante que estas limitaciones es el hecho de que el pro-

¹ Las principales fuentes utilizadas para la Etiopía de antes de 1974 son Patrik Gilkes, *The Dying Lion*, London 1975, e Irving Kaplan, et. al., *Area Handbook for Ethiopia*, Washington 1971. Sobre los desarrollos posteriores a 1974 véase: Colin Legum, *Ethiopia: The Fall of Haile Selassie's Empire*, London, 1975, y Colin en colaboración con Bill Lee, *Conflict in the Horn of Africa*, London, 1977; John Markakis y Nega Ayele, *Class and Revolution in Ethiopia*, Nottingham, 1978; Blair Thomson, *Ethiopia, the Country that cut off its Head*, London, 1975; Addis Hiwet, *Ethiopia, from Autocracy to Revolution*, London 1975; Raúl Valdez Vivo, *Ethiopia, the Unknown Revolution*, Habana, 1977. El intento más amplio para establecer el carácter social de la revolución puede ser encontrado en Marina Ottaway, "Clases Sociales e intereses corporados en la revolución etíope", en *Journal of Modern African Studies*, septiembre 1976; y en Markakis y Nega, *op. cit.* Para una crítica de la política del Consejo Provisional y sus oponentes de izquierda, véase Jan Valdelin, "Etiopía 1974-7" en *Race and Class*, Spring, 1978.

² La mayoría de la información sobre las fuerzas políticas civiles en alianzas con el Consejo Provisional se deriva de mis entrevistas con miembros de POMOA, los *kebeles*, y el AETU, así como con el alcalde de Addis Abbeba, Alemu Abebe y con el ministro etíope del Exterior, Feleke Gedle-Giorghis.

ceso bajo observación está todavía en marcha y aún es incierto cómo se resolverán los principales interrogantes. Sin embargo, la revolución etíope es ya un acontecimiento de primera magnitud dentro del contexto de la historia africana, el cual afecta al tercer estado más populoso de África (después de Egipto y de Nigeria) y ha destruido estructuras sociales y políticas que habían sobrevivido intactas durante siglos en el único país africano que evitó un dominio colonial prolongado.

Con anterioridad a 1974 la estructura precapitalista de la sociedad etíope y del estado etíope estaba atravesando una transformación y descomposición graduales que se vieron repentinamente aceleradas entre febrero y septiembre de dicho año. Empezando con el Estado: Haile Selassie I había subido al poder en 1916 y había gobernado a través de un sistema de gobernadores provinciales, príncipes o Rases, que eran responsables de los impuestos y de hacer valer la ley y el orden. En un principio no existía un ejército regular, solamente levass ejecutadas por los Rases a una orden del Emperador; la maquinaria civil del Estado era rudimentaria: una pequeña burocracia dirigida por el Emperador a través de su principal oficial administrativo, el Ministro del Pen, a través del Consejo Real y de la Corte Real o Chilot. Sólo después de la expulsión de los italianos en 1941, y debido a las presiones de los miembros más liberales de la familia real para llevar a cabo ciertas reformas, fueron instituidas las más elementales formas de gobierno moderno. En 1955 se estableció un parlamento con un Senado y una Cámara de Diputados pero ésta era una institución sin poder y la influencia real radicaba en el Consejo de Ministros, no responsable ante el Parlamento, y más aún en el Consejo de la Corona, cuyos miembros todos eran designados por el Emperador. Ni partidos políticos ni libertad de prensa fueron nunca permitidos.

Paralelamente a estos cambios políticos se daba una gradual expansión en el aparato estatal. A mediados de la década de 1960, 160,000 personas estaban empleadas en el go-

bierno y de éstas, 40,000 se encontraban dentro de las fuerzas armadas. El personal de esta nueva maquinaria estatal fue reclutado a través de una expansión gradual de la educación. La Universidad Haile Selassie I en Addis Abbeba fue abierta en 1960, de tal manera que para mediados de esa década había surgido en Etiopía una clase media educada que se beneficiaba con los programas de ayuda del exterior y con las actividades que se daban alrededor de la Organización de la Unidad Africana presente en Addis Abbeba a partir de 1963. Mientras que algunos de los miembros de esta nueva clase media educada provenían de las tradicionales familias terratenientes o burocráticas, se daba también un significativo ascenso social de algunos jóvenes "apadrinados" por importantes instituciones estatales o religiosas. Por otro lado, el nivel general de educación en el país era extremadamente bajo. A mediados de la década de 1960, solamente un 10% de la población infantil comenzaba apenas la educación primaria y de éstos, un 68% la abandonó antes de completarla. Había solamente 45,000 niños en el nivel secundario y 3,000 jóvenes en la universidad. El analfabetismo entre los adultos era de más del 90%.³

En la economía, había comenzado una transición hacia el capitalismo que aún se encontraba en sus fases iniciales. La industrialización se había desarrollado muy lentamente, principalmente a través de pequeñas plantas o, en el caso de plantas más grandes, a través de la intervención del Estado. La mayoría eran plantas de industria liviana o de sustitución de importaciones básicas. De las 395 plantas industriales que aparecían en las listas de un informe de 1966/67, 155 eran procesadoras de alimentos o bebidas y otras 63 eran establecimientos industriales de ropa y calzado. Así, surgió un pequeño proletariado; el número total de empleados en la industria era de 58,700 de los cuales el 42% estaba ocupado en el procesamiento de alimentos y bebidas y un 36% en el ramo de ropa y calzado.⁴ La gran mayoría de la

³ *Area Handbook*, pp. 185 y ss.

⁴ *Ibid.*, pp. 380 y ss.

población urbana no tenía empleo en la industria sino que eran trabajadores casuales, trabajadores de servicios o marginados que vivía en los extremos de la economía moderna.

En el campo, donde vivía el 90% de una población etíope de 30 millones, prevalecían sistemas pre-capitalistas de tenencia de la tierra. En el norte ésta presentaba una forma relativamente más diversificada. La tierra era cultivada por campesinos y estaba sujeta a derechos inalienables de linaje o parentesco, o bien era poseída en forma privada por los favoritos del gobierno y trabajada por campesinos que recibían como pago una parte de la cosecha. En la parte sur del país las relaciones entre propietario y trabajadores eran mucho más tensas. Había grandes extensiones de tierra que estaban en manos de los aristócratas y terratenientes. Aquí las condiciones de explotación eran más intensas. Este sistema de tenencia de la tierra estaba relacionado con el heterogéneo carácter étnico del país. Cerca del 40% de la población es amara, habla la lengua Tigrea y es cristiana. El campesinado del norte es también amara pero en el sur una clase terrateniente amara ha gobernado sobre el conquistado pueblo oromo que es principalmente musulmán y ha asegurado su posición a través del control de los amaras sobre el Estado imperial. De hecho, todo el sistema imperial descansaba en la dominación de Etiopía por parte de una clase aristocrática amara, con el Emperador y sus Rases a la cabeza de ella, la cual negó siempre a la mayoría no amara cualquier acceso importante al poder dentro del sistema. Las modificaciones introducidas a partir de la segunda guerra mundial habían empezado a alterar algunos aspectos del mismo, sin embargo, las estructuras esenciales del poder político y social permanecieron intactas hasta que fueron barridas por la revolución de 1974. El carácter extremadamente tardío y reducido de la revolución de 1974 puede servir en gran medida, aunque no por completo, para explicar la forma violenta y confusa que el proceso revolucionario ha tomado posteriormente.

La revolución de 1974

La revolución que estalló en febrero se inició como un movimiento espontáneo de protesta contra diversas políticas gubernamentales. Cuatro distintas corrientes de protesta pueden ser identificadas. La primera en hacer erupción fue la de los estudiantes de Addis Abbeba, los cuales habían entrado en conflicto con el gobierno desde 1965. A principios de febrero empezaron a protestar en las calles, junto con los miembros de la Asociación Etíope de Maestros, en contra de una revisión del sistema educativo. La segunda fue una serie de motines ocurridos en enero y febrero —los primeros dentro de las fuerzas armadas desde el fallido golpe “liberal” de 1960. Las causas de los motines concernían al pago y privilegios de los oficiales y tomaron la forma de una revuelta de los rangos menores. Los más claros políticamente fueron el de la fuerza aérea en Debre Zeit y el del NCO contra los altos oficiales. Un tercer componente, bastante visible en una ciudad como Addis Abbeba, fue el de los choferes de taxis quienes de pronto se encontraron con que el gobierno había prácticamente duplicado el precio del petróleo como consecuencia del incremento de precios de la OPEC, al mismo tiempo que a ellos se les negaba permiso para aumentar sus tarifas. Finalmente, a principios de marzo y después de dos o tres semanas de protesta por parte de otros grupos, apareció en escena el Sindicato Central de Trabajadores Etíopes, un gremio que decía contar con 80,000 miembros. El Sindicato se lanzó a una huelga para conseguir salarios más altos, mayores derechos de huelga y el derecho, hasta entonces negado, de los empleados de gobierno a afiliarse a sindicatos.

Esta explosión reflejó en la esfera política una crisis fundamental de la sociedad pre-existente, la cual se evidenciaba sobre todo en la inhabilidad del régimen para detener la caída de la economía rural y para transformar Etiopía de manera tal que pudiera responder a las crecientes presiones

del exterior. Los intentos de Haile Selassie de imponer un impuesto mínimo sobre la tierra en 1967 habían sido bloqueados por la revuelta de los notables de la provincia. Las etnias no amaras estaban en pie de guerra. Particularmente los eritreos habían estado luchando contra el régimen desde 1961. El propio Emperador tenía entonces más de ochenta años, factor que venía a sumarse al sentimiento de parálisis que pesaba en las altas esferas. Finalmente, en 1972 y 1973, hubo una severa hambruna en la provincia de Wollo durante la cual murieron alrededor de doscientas mil personas. Al principio el gobierno trató de negar la existencia de tal hambruna y tomó solamente algunas medidas inadecuadas y tardías. La hambruna de Wollo no constituyó una causa directa de la revolución de febrero de 1974 pero contribuyó a la marea del descontento popular y a revelar la insensibilidad, incompetencia e hipocresía del gobierno.

El movimiento que estalló en febrero fue pues una desordenada respuesta política a estas condiciones y estuvo marcado por tres limitaciones de importancia.⁵

1. Ninguna de las cuatro tendencias que hemos identificado estuvo organizada por un partido político y hubo poca coordinación entre ellas. No es posible distinguir partido alguno dentro del movimiento popular y los grupos más identificables que surgieron algunos meses después eran fracciones del movimiento estudiantil en el exilio que trajeron a sus elementos desde Europa o Norteamérica de regreso a Etiopía. Fue debido a la ausencia de cualquier organización política que las fuerzas armadas pudieran fácilmente presentarse, en una manera casi apologética, como los substitutos de una organización popular.

2. En la revolución de febrero la mayoría de la población no participó. Inicialmente sólo se encontraban dentro de ella civiles y militares en la capital, Addis Abeba, y las guarniciones militares en Negele, un campamento cercano a la frontera con Kenya y en Asmara, la capital eritrea. In-

⁵ La mejor relación de la revolución de 1974 se encuentra en Thomson, Legum, y Markakis/Nega, *op. cit.*

cluso en las manifestaciones populares en Addis Abbeba participó un número desproporcionado de elementos educados o empleados de la población urbana. El 90% de la población de las áreas rurales, a pesar de ser la mayor víctima del régimen imperial, no participó inicialmente y fue sólo hasta abril que se informó del primer movimiento en el campo. Como era de esperarse, se dieron en una región del sur, la provincia de Jimma. El norte amara permaneció, y así continuaría, por lo menos escéptico ante la revolución.

3. La revolución estuvo, de principio a fin, dividida por el problema de las nacionalidades en Etiopía. Como hemos visto, Eritrea había contribuido a minar el antiguo régimen y muchos de los oponentes de mayor educación, civiles y militares, de Haile Selassie, dentro de la capital misma, eran eritreos: como resultado del colonialismo italiano y de las posibilidades relativamente más amplias de educación allí, los eritreos constituían un número desproporcionado del personal educado dentro de la maquinaria estatal —un porcentaje mayor de lo que su presencia de 1:10 dentro de la población total podría sugerir. Pero la actitud respecto de la situación eritrea, al principio, era más un índice de la debilidad del régimen y una causa de descontento en el ejército (los soldados querían una remuneración más alta por trabajo peligroso) que parte de un movimiento para la emancipación de los eritreos. Más aún, siguiendo un acuerdo entre Etiopía y Sudán en 1972, se había impedido al movimiento eritreo usar el territorio sudanés para sus operaciones y éste pasaba por un mal período cuando estalló la revolución de 1974. La respuesta de los eritreos fue aprovechar el debilitamiento del gobierno central, pendiente de la revolución, para presionar fuertemente en favor de su causa separatista y para emprender nuevamente actividades militares —en Eritrea a través de ataques guerrilleros y en Addis Abbeba a través de incendios premeditados y bombas. Otras nacionalidades —los nómadas afars y los somalíes especialmente, respondieron más tarde a la revolución acelerando sus propias campañas centrífugas. Por supuesto esto fue fomentado

por la falta de una política clara por parte del gobierno revolucionario y el resultado fue que desde el principio la revolución social en las ciudades y en algunas zonas del sector rural estuvo divorciada, e incluso en contra, del movimiento de las nacionalidades que buscaba lograr su autonomía o independencia.

El proceso mediante el cual Haile Selassie fue depuesto duró de febrero a septiembre de 1974. Inicialmente Selassie disolvió el gobierno que había sido encabezado durante varios años por el Premier Aklilu Habte Wold y lo reemplazó por un gobierno reformista con un aristócrata y antiguo ministro, Endalkatchew Makonnen a la cabeza. Pero esta fue una respuesta inadecuada: por una parte, el Emperador continuó los acontecimientos usando a Aklilu, al Consejo Imperial y al Chilot, mientras que los radicales de los movimientos civiles y militares demandaban más de lo que el mismo Endalkatchew estaba preparado para otorgar. En particular, los radicales querían una nueva constitución que diese poder político real a los representantes elegidos por el pueblo y el enjuiciamiento de los oficiales responsables de la corrupción y del encubrimiento de la hambruna de Wollo. En la práctica esta última demanda abarcaba a todos los miembros del antiguo régimen hasta al mismo Emperador. Sin decirlo explícitamente, la demanda era que el Emperador fuese depuesto.

El gabinete de Endalkatchew duró desde marzo hasta junio, momento en el cual los militares ocuparon una posición prominente. El Consejo Nacional de Defensa, un grupo de altos oficiales dispuestos a apoyar al régimen, fue desplazado a un lado por un nuevo Comité, o Derg, de 120 oficiales de rangos menores, ninguno tenía un rango superior a Mayor. Estos forzaron a Endalkatchew a renunciar en julio y en su lugar instalaron a Michael Imru, un aristócrata de orientación socialista. Pero éste casi no tenía poder y los oficiales del Derg fueron apretando gradualmente la soga alrededor del régimen imperial. En agosto se anunció una nueva constitución que despojaba al Emperador de todo po-

der político fundamental transfiriendo el poder al gabinete. Con el correr del tiempo las acusaciones de corrupción fueron dirigidas más explícita y específicamente en contra del trono. Finalmente, en septiembre 12 de 1974, Haile Selassie fue depuesto por los militares. Un nuevo Consejo Militar Administrativo Provisional, la forma que entonces tomó el Derg, asumió por completo el poder político. La palabra "provisional" fue pensada para indicar que los oficiales, con el tiempo, pasarían el poder a políticos civiles capacitados pero el Consejo ya ha permanecido en el poder cuatro años.

La membresía total del Derg nunca ha sido revelada y existe escasa información sobre el origen social y étnico de sus miembros. Al parecer la mayoría es de extracción relativamente baja —"pequeños burgueses" en el sentido más amplio de la palabra— y mientras que al menos la mitad es de origen amara hay una representación importante de los oromos y, hasta su defección, de eritreos. Los miembros del Derg deben haber sentido el impacto de la crisis económica y social del país, primero como miembros de alguna manera no privilegiados de las fuerzas armadas (como parece ejemplificarlo los motines de febrero), y luego a través de las experiencias de sus familias y de sus contactos con algunos miembros del movimiento civil. Su "radicalismo", que a menudo fue impreciso, fue casi seguramente una expresión genuina de sus intereses, aunque su deseo de cambios de largo alcance estuvo fuertemente influenciado por la magnitud del mismo proceso revolucionario.

El Derg en el poder

Desde el principio el Derg se caracterizó por una considerable inestabilidad interna y cuatro años después menos de la mitad de sus 120 miembros originales se encuentran todavía activos dentro de él. La primera división sucedió en noviembre de 1974 cuando el Brigadier General Aman Andom, vocero del Derg, fue asesinado cuando unos soldados trataban de arrestarlo en su domicilio. Andom era un

soldado respetado, héroe del contingente etíope en la Guerra de Corea, y dado su alto rango se le había pedido que representara al Derg aun no siendo miembro de éste. Pero entró en conflicto con la fracción dominante dentro del Derg por lo menos en tres cuestiones: Andom quiso adoptar una posición conciliatoria sobre el asunto de Eritrea, trató de ser la cabeza efectiva del Derg y no sólo su vocero, y por último se oponía a la ejecución de los antiguos miembros del anterior régimen que se encontraban en prisión. Al mismo tiempo que Andom fueron eliminados 60 miembros del régimen anterior. La nueva fracción indiscutiblemente dominante dentro del Derg fue dirigida por el Mayor, más tarde Teniente Coronel, Mengistu Haile Mariam. Mengistu eliminaría más tarde a otros dos miembros prominentes del Derg, Teferi Benti, presidente del Derg de noviembre de 1974 a febrero de 1977, y Atanafu Abate, quien fue Vicepresidente hasta su muerte en noviembre de 1977. Mengistu ha seguido siempre una política firme, a menudo brutal, contra sus oponentes dentro y fuera del Derg y su política en Eritrea como veremos, ha reflejado esto.

A partir de noviembre de 1974 el Derg empezó a articular a pesar de su monopolio del poder político, muchas de las contradicciones de la sociedad etíope y a promover una serie de políticas que calificó de "socialistas". En diciembre de 1974 se proclamó a sí mismo comprometido con un programa de "Socialismo Etíope" expresado en el eslogan *Étiopía Tikdem* (que puede ser traducido grosso modo como Etiopía Primero). Y después de una serie de medidas radicales en 1975, anunció en abril de 1976 un programa para una Revolución Nacional Democrática. El Derg manifestó que la revolución etíope lucha en contra de tres enemigos —el feudalismo, el imperialismo, y el capitalismo burocrático—, para ello especificó un cierto número de medidas políticas algunas de las cuales habían sido ya promulgadas por el Consejo Provisional. Las más importantes son:

1. La Reforma agraria, anunciada en abril de 1975. Esta ha sido la reforma que ha tenido efectos de mayor al-

cance. Toda la tierra fue puesta bajo la propiedad del Estado pero se permitió a los campesinos el cultivo de terrenos hasta de 10 hectáreas. Fuera de los países comunistas no había sido nunca promulgada una reforma tal, en la que todos los derechos de propiedad del campesinado hubieran sido anulados. No se ha hecho ninguna evaluación apropiada sobre los efectos de la reforma, pero es posible ver ciertas características negativas y positivas. Del lado positivo, la reforma ha encontrado un respaldo en el hecho de que las tres cosechas de 1975-1977 han sido buenas en general. En muchas regiones el ingreso de los campesinos ha aumentado y la reforma ha sido popular en las regiones del sur donde se ha terminado con el sistema de tenencia de la tierra en gran escala. Del otro lado, el campesinado en el norte ha sido indiferente, o incluso hostil a la reforma, viéndola como una amenaza y una medida que a ellos no aporta ningún beneficio inmediato obvio. Además, algunos de los campesinos del norte —excluyendo a los eritreos— han sido movilizados por sus patrones y otros líderes tradicionales *en contra* de un gobierno central, por considerarlo una nueva amenaza para la autonomía histórica de estas regiones. Esta reforma se ha convertido también en un punto de conflicto entre el Derg y el estudiantado radical. El Derg no contaba con personal administrativo para implementar la reforma y casi no se dio entre el campesinado un movimiento espontáneo que hubiese podido generar el personal para administrar el programa de reforma. Por ello, a fines de 1974 y principios de 1975, entre 40 y 60,000 estudiantes fueron enviados al campo a trabajar en la campaña, *zemacha*, pero muchos de éstos chocaron con los campesinos o con los representantes del Derg a quienes acusaron de ser demasiado cautelosos. Para fines de 1975 el programa *zemacha* fue cancelado. Como consecuencia de este conflicto y del fracaso del movimiento *zemacha*, el Derg ha establecido nuevas estructuras para movilizar y organizar el campesinado: granjas del Estado y cooperativas están siendo implementadas cada vez más para superar el sistema de parcelas individuales re-

sultante de la reforma agraria y en muchas partes del sector rural ⁶ se están formando asociaciones campesinas, que se hallan en cierta medida bajo control del Derg.

2. Un amplio programa de nacionalizaciones tuvo lugar en las ciudades. En julio de 1975 el Derg tomó bajo control del Estado todo el terreno urbano y todas las construcciones para vivienda que no estuviesen ocupadas por sus propietarios. No se dieron compensaciones. Las rentas fueron reducidas y se estableció un sistema de asociaciones de habitantes urbanos —*kebeles*— para administrar el aspecto habitacional, el bienestar social y, lo que es cada vez más importante, la seguridad en las ciudades. Antes, en enero y febrero del mismo año, el Derg había nacionalizado la banca, las compañías de seguros y otras instituciones financieras, así como también había nacionalizado la mayoría de los intereses industriales. Virtualmente se puso fin a la propiedad extranjera de empresas industriales así como a la presencia del personal extranjero. Estas medidas ciertamente excedieron lo que la oposición civil había estado pidiendo y, al igual que con la reforma agraria, fue sorpresivo para muchos el carácter radical de estas medidas. Pero como sucedió con la reforma agraria también estas reformas urbanas sufrieron por la falta de un personal que las administrara, así como por la relación burocrática con la fuerza de trabajo involuagrada. La nacionalización de la vivienda condujo, en un corto plazo, a un descenso neto de las viviendas disponibles y la nacionalización de la industria no estuvo acompañada de ninguna medida auténtica de democratización dentro de los lugares de trabajo. Más bien nuevos directores, nombrados por el Estado, reemplazaron a los antiguos propietarios y el Derg se vio enredado cada vez más en un conflicto con el movimiento sindical.

3. Aparentemente el Derg tomó algunas medidas nuevas para manejar la cuestión de las nacionalidades, pero aquí también surgieron muchos problemas y mientras que en la

⁶ Véase Marina Ottaway, *op. cit.*, para el análisis de las medidas de la reforma agraria.

reforma agraria y la nacionalización urbana se dieron una expropiación definitiva y un cambio de poder, no podemos estar seguros de que algo comparable haya ocurrido en las relaciones entre los amara y sus súbditos. Como parte de su programa inicial, el Derg declaró que la religión oficial, el cristianismo, dejaba de ser tal y a partir de esto, tanto los días de fiesta cristianos como los musulmanes serían oficiales. Las tierras de la iglesia copta fueron confiscadas con la reforma agraria y le fueron quitados sus otros privilegios. Ciertamente, las bases económicas y políticas de la vieja clase dominante amara habían sido erradicadas por la reforma agraria y por la revolución política en Addis Abbeba. Como hemos visto, dentro del Derg mismo había un número considerable de elementos no amaras, entre ellos el propio Mengistu. Pero así como en otras revoluciones anteriores cabezas de Estado corsas y georgianas han actuado para consolidar un sistema pre-existente de desigualdad nacional, en Etiopía un miembro de la ex-esclava minoría shankalla puede también gobernar una vez reconsolidado el sistema de desigualdad étnica.⁷ El Programa Democrático Nacional de abril de 1976 es significativamente impreciso en este asunto. Este empieza por garantizar que "el derecho a la autodeterminación de todas las nacionalidades será reconocido y enteramente respetado" y condena la sujeción de nacionalidades, en particular aquellas "de las zonas fronterizas" (es decir, eritreos y somalíes) en el pasado. Pero su concepto de "autodeterminación" no incluye lo que convencionalmente está incluido en dicho término, es decir, el derecho a la secesión, sino solamente "autonomía regional para decidir sobre lo concerniente a sus asuntos internos".⁸ Este punto de vista pudo ser observado más claramente en la declaración de la política central del Derg respecto a Eritrea, una declaración de 9 puntos hecha en mayo de 1976, que una vez más ofrece autonomía sin especificar exactamente lo que esto repre-

⁷ Legum, *op. cit.*, p. 59.

⁸ *Programme of the National Democratic Revolution of Ethiopia*, Addis Abbeba, 1976, pp. 16-18.

senta, e implícitamente rechaza cualquier perspectiva de independencia para las nacionalidades dentro de Etiopía. Puesto que los eritreos han rechazado esta oferta, el Derg los ha clasificado inequívocamente como "contrarrevolucionarios". Desde entonces el nivel de luchas y matanzas en Eritrea ha venido aumentando en forma aguda, mucho más que en cualquier otro período bajo el régimen de Haile Selassie. Además, otras nacionalidades han iniciado una resistencia contra el poder central, adoptando tácticas militares en diversos grados. Esto incluye a los somalíes, los oromos, los tigreos y los afars. Aunque fuerzas hostiles a la revolución, tanto dentro como fuera de Etiopía, han ciertamente alentado este proceso, la raíz del problema reside en la poca habilidad del propio Derg para convencer a las nacionalidades de que los derechos regionales, del tipo que el Derg visualiza, podrían en la práctica proveer a las nacionalidades un grado básico y garantizado de autonomía respecto del gobierno central.

Las fuerzas políticas civiles

Desde que asumió el poder en septiembre de 1974, el Derg ha continuado en contacto con las varias fuerzas políticas civiles que habían empezado a surgir en febrero y en los meses siguientes. El Derg ha tenido buen cuidado en insistir en que, como su nombre oficial lo indica, el régimen militar es "Provisional" y el Programa Nacional Democrático establece que: "Tan pronto como las masas se encuentren debidamente organizadas y se haya formado un frente revolucionario popular se establecerá una asamblea que asumirá el poder estatal. Tal asamblea estará formada por representantes de partidos y organizaciones populares que hayan participado en el frente".⁹ En las declaraciones políticas oficiales se pone gran énfasis sobre la necesidad de formar un "partido proletario" que, cuando las condiciones sean apro-

⁹ *Ibid.*, p. 26.

piadas, reemplazará al Derg. Por supuesto, existen muchas razones para dudar de la rapidez con que tal proceso ocurrirá y, cuando ocurra, hasta qué punto los militares cederán en la realidad el poder a los civiles. Pero esta política es más que el simple hecho de alimentar una ilusión, puesto que refleja la debilidad de los militares dentro de la sociedad etíope y dentro del proceso en desarrollo de la revolución etíope. Los militares pueden gobernar solamente a través de la colaboración con las fuerzas civiles puesto que, aun cuando separados, estos dos elementos hicieron juntos la revolución. Los militares no tienen ni la popularidad ni el personal para empuñar el poder por sí mismos. Necesitan incorporar a los civiles y tienen que hacerlo así sobre la base del compromiso de que estos últimos podrán tomar el poder en el futuro. Si esta promesa fuese una promesa que el Derg no piensa cumplir, se seguirá dando un auténtico conflicto dentro del régimen como resultado de la posición y de la continua influencia de las fuerzas civiles. 1974 no fue solamente un *putsch* militar, ni siquiera del tipo más radical: hubo una transformación en la sociedad etíope más profunda que en, digamos, Perú después de 1968 y Egipto después de 1952, y esto es lo que explica la continuada alianza, tormentosa y violenta como es, entre militares y civiles dentro del régimen.

Desde 1974 han aparecido siete partidos políticos distintos (aparte de aquellos que representan nacionalidades). Todos, con excepción del UDE, ha reclutado a sus miembros entre los intelectuales urbanos. De estos partidos, cinco pueden ser identificados como simpatizadores que apoyan el Programa Democrático Nacional. Nunca han declarado públicamente su existencia pero operan bajo el tipo de organización de paraguas. El más importante fue inicialmente el Meison o Movimiento Socialista de Todos los Etíopes, un partido que declaró su existencia en 1976 pero que tuvo su origen en una división dentro del movimiento estudiantil etíope que se encontraba en Europa en la década de 1960. Su líder, Haile Fida, había estudiado en París y era él y

quienes lo apoyaban los que se encontraban más cerca del Derg en 1976 y a principios de 1977. Los otros cuatro grupos en una posición similar eran: Abyotawit Seded, o Flama Revolucionaria, un partido dirigido por Legassie Asfaw, un miembro del Derg; el Was o Liga Obrera, fundada por Senay Lique; el Echat, el Partido del Pueblo Oprimido de Etiopía; y el Malerid, la Organización Marxista-Leninista de Etiopía. Ninguno ha publicado un programa oficial pero todos, con una orientación general del tipo de la "nueva izquierda", apoyaban ideas de un carácter genéricamente "maoísta", no encontrándose, en sentido estricto, afiliados a políticas pro-chinas. Todos apoyaron la Revolución Democrática Nacional, pero en última instancia el Echat y el Meison estaban dispuestos a aceptar el derecho de secesión de las nacionalidades.

A mediados de 1977 el Meison rompió con el Derg y aun cuando algunos de los miembros de esta organización continuaron ocupando posiciones de poder, la organización como tal cesó de ser un aliado del régimen. El hecho principal debido al cual se dio este rompimiento fue la determinación del Meison de ejercer un control civil sobre la milicia popular que estaba siendo organizada en la primavera y el verano de 1977: evidentemente, el Derg no tenía ningún deseo de someter ese control a nadie más que a sí mismo. Desde entonces el Echat ha tenido también desacuerdos con el Derg, probablemente sobre el asunto de las nacionalidades y el Abyotawit Seded se ha convertido en el partido dominante. Este se encuentra en gran medida, aunque no totalmente, bajo control del Derg.

Las fuerzas civiles que apoyan el Programa Democrático Nacional están organizadas según tres tipos de estructura. Primero, de acuerdo a la promesa de que su poder es sólo "provisional", el Derg ha establecido un cuerpo destinado a movilizar las fuerzas civiles y formar un partido político. Este cuerpo fue establecido en abril de 1976 bajo el nombre de Oficina Provisional para Asuntos de la Organización de Masas (OPAOM). A la OPAOM le ha sido asignada la ta-

rea de difundir las ideas socialistas y de hacer surgir una conciencia política, mediante actividades en las que con frecuencia se pone el énfasis en las "masas" y su carácter "revolucionario". Muchos etíopes esperaban que 1978 sería el año en que se fundaría un nuevo partido y algunos de los países aliados de los etíopes, específicamente la Unión Soviética y Cuba, alentaron este proceso al mismo tiempo que trataban de efectuar una reconciliación entre el Meison y el Derg. Sin embargo esto no ocurrió y hubo reportes de continuos desacuerdos entre algunos sectores de la OPAOM y el Derg acerca de los términos en que sería establecido dicho partido. En su lugar, como un paso adelante en ese camino, fue establecido un nuevo prepartido, la Unión de Organizaciones Marxista-Leninista de Etiopía (UOMLE). Cuando se establezca un partido político, esto marcará un paso decisivo en el desarrollo del nuevo régimen, aun cuando será necesario estudiar el carácter preciso de este partido, el poder que pueda tener, su independencia de los militares y el grado de control popular de sus políticas.

El segundo grupo de instituciones civiles lo constituyen las asociaciones urbanas y rurales —en las ciudades los *kebeles* y en la zona rural las asociaciones campesinas. A finales de 1977 el gobierno dijo tener más de 1,800 *kebeles* en diferentes ciudades, 290 de ellos en Addis Abbeba, y más de 20,000 asociaciones campesinas. Los *kebeles* fueron primeramente establecidos en 1976 para administrar la vivienda, que había quedado bajo control estatal a través de las medidas de nacionalización pero más tarde adquirieron un papel activo en la seguridad *vis a vis* la oposición de la guerrilla urbana contra el Derg, y relevando a las fuerzas regulares de las tareas de seguridad cuando las guerras en Eritrea y Ogaden se intensificaron. En la propia Addis Abbeba miles de miembros de los *kebeles* fueron armados en la última mitad de 1977, sobrepasando con mucho en número al personal militar que permaneció en la capital. Sin embargo, las finanzas, el armamento y la política general de los *kebeles* han permanecido bajo control directo del Derg y está aún

por verse hasta qué grado estas instituciones civiles, paralelamente a aquellas estatales, podrán sobrevivir la coyuntura política específica en la cual surgieron.

En tercer lugar existen nuevas "organizaciones de masas" que la Revolución Democrática Nacional ha introducido. La milicia popular, formada primeramente en 1976 bajo la forma de una fuerza de ciudadanos, llega ahora al cuarto de millón de elementos y ha jugado un papel importante en recientes conflictos. En la ofensiva etíope a Eritrea en el verano de 1978, el papel principal fue llevado por la milicia, hecho que condujo a una considerable fricción con el ejército regular. Cuando la milicia fue retirada de su campaña ofensiva en contra del pueblo de Keren a finales de agosto, las fuerzas regulares estuvieron prestas a aprovechar esta oportunidad para reafirmar su liderazgo en la provincia. Además, el carácter altamente politizado de la milicia, ya un tema de disputa en el conflicto entre el Meison y el Derg, casi ciertamente provocará más desacuerdos con el liderazgo militar.

Tales conflictos son también evidentes en las relaciones entre el Derg y la nueva federación de sindicatos, el Sindicato de Todos los Etíopes (STE), establecida en 1976 para reemplazar a la prohibida CELU. A finales de 1977 tenía alrededor de 300,000 miembros, pero sus líderes, aunque elegidos bajo cierto grado de supervisión del Derg, tuvieron diferencias con los militares y la mayoría de los 25 líderes del STE fueron destituidos de sus puestos en 1978. Organizaciones comparables de campesinos, mujeres, jóvenes y estudiantes también se están formando pero lo que llama la atención en todos los casos es la continua inestabilidad política de estas estructuras. Sea lo que sea lo que el Derg haya intentado, estas organizaciones de masas no han permanecido como simples ejecutores de la política del Consejo Provisional. El patrón de la política etíope tal como se presenta en el extranjero y, por diferentes razones, en las publicaciones oficiales del gobierno, es el de un conflicto entre un régimen relativamente unificado y sus varios oponentes. En realidad, el régimen mismo se encuentra desgarrado por un

número de divisiones políticas, tanto dentro de los militares como entre los militares y las varias fuerzas políticas civiles. Así, pues, el régimen no es un bloque consolidado sino que continúa reflejando dentro de sí muchas de las corrientes y las tendencias encontradas, desatadas por la revolución de febrero de 1974.¹⁰

La oposición

Dentro de la política etíope, es decir, dejando de un lado el problema de las nacionalidades, existen dos fuerzas principales de oposición. Una es la Unión Democrática Etíope, que incluye oficiales del antiguo régimen, entre ellos dos nietos políticos de Haile Selassie y antiguos generales. Ésta ha dejado abierta la cuestión de si debería existir la monarquía y ha criticado la reforma agraria y las nacionalizaciones en las ciudades. En 1976 y 1977 fue capaz de emprender una campaña militar en el norte del país, con apoyo sudanés, y generalmente fue de orientación pro-occidental.¹¹ El otro partido principal de oposición, el Partido Revolucionario Popular Etíope, fue, como su archienemigo el Meison, una tendencia que se originó entre los estudiantes etíopes en el extranjero durante la década de 1960 y desde el establecimiento del Consejo Provisional denunció el dominio militar y rehusó colaborar en manera alguna con los militares. Primero a través de su periódico *Democracia* y luego a través del Partido mismo, proclamado en agosto de 1975, llamó al establecimiento inmediato de un gobierno civil y a partir de 1976 se ha encerrado en un conflicto armado con el Derg en el cual han muerto muchos miles de elementos de ambos lados. A medida que la posición de la Unión Soviética en Etiopía se ha reforzado, el Partido Revolucionario

¹⁰ Esto es evidente a partir de las discusiones con los oficiales militares y civiles en el régimen de Addis Abbeba. El muy alto grado de politización y faccionalismo dentro del régimen es ocultado por la apariencia pública de monopolitismo.

¹¹ Sobre el EDU, véase Markakis y Nega, *op. cit.*, pp. 160-161; y Legum y Lee, *op. cit.*, pp. 51-52.

nario ha incrementado su simpatía hacia China pero la salvaje respuesta del Consejo Provisional lo ha reducido cada vez más a la clandestinidad. A mediados de 1978 había perdido la mayoría de sus miembros en las ciudades y se encontraba confinado a cierta resistencia armada en la provincia de Tigre.¹²

De entre las nacionalidades la oposición más fuerte ha sido claramente la de los eritreos, donde se originaron tres grupos rivales a partir de una división en el Frente de Liberación Eritreo en 1970. Ninguna unidad efectiva ha sido establecida entre estos tres, aunque sus diferencias son tanto regionales y personales como políticas, dado que todos ellos comparten un mismo objetivo, la independencia de Eritrea y un programa genéricamente socialista.¹³ Entre estos tres grupos, los eritreos habían ganado, para finales de 1977, el control del 90% del territorio eritreo, parte del cual cedieron ante la ofensiva etíope de 1978. En el sur existen dos organizaciones activas entre la población predominantemente somalí —el Frente de Liberación de Somalia Occidental, con base en la provincia de Hararghe, y el Frente de Liberación Somalí-Abo, que tiene su centro en la provincia de Bale. A pesar del considerable y continuo apoyo del gobierno somalí, ninguno ha logrado el éxito de los eritreos. Otras dos nacionalidades se han opuesto también al Derg aunque la mayoría de su población sigue apoyando al régimen o al menos sin deseos de adoptar una posición hostil activa. Ellos son los afars, musulmanes nómadas de la parte sur de Eritrea y los oromos, la nacionalidad más grande en Etiopía. Mientras persistan otros conflictos étnicos y el Consejo Provisional fracase en implementar una solución satisfactoria

¹² Sobre el Partido Revolucionario Popular Etíope, véase Nega y Markakis, *passim*, para un juicio, en general favorable a la organización, aun cuando en algunos temas los autores difieren implícitamente del Partido. Véase también Valdelin, *op. cit.*, para una crítica del Partido. Véase también *Abyot* (Revolución), el periódico del Partido Revolucionario.

¹³ Información sobre Eritrea, seleccionada de los trabajos principales sobre la revolución de 1974 y de entrevistas con representantes de los diferentes grupos: Idris Hamadi del FLE, Consejo Revolucionario; Osman Saleh Sabbe del FLP, Fuerzas de Liberación Popular; y oficiales (anónimos) del FLPE.

para ellos, mayor es el riesgo de un aumento en la actividad centrífuga de las nacionalidades.

Los problemas principales

Los principales conflictos en Etiopía, dentro del régimen y entre el régimen y sus oponentes, todavía continúan; sus resultados de ninguna manera se han decidido. Es posible identificar cinco áreas principales donde se plantean problemas de central importancia, cuyos resultados serán decisivos para el futuro del proceso revolucionario en Etiopía.

1. El Estado imperial ha sido indudablemente desmantelado. El personal del Estado, por ejemplo. Todos los funcionarios dirigentes han sido destituidos del poder y de los civiles y militares del antiguo régimen que se encuentran ahora en posiciones incluso de poca influencia muy pocos se encontraban en posiciones semejantes bajo el viejo orden. Ha habido movimientos masivos de personal en todo el aparato estatal, ya sea a través de renunciaciones personales o de despidos oficiales. Al mismo tiempo, no ha habido una ruptura completa en el personal del Estado. Todos los miembros del Consejo Provisional eran ya, en virtud de su posición militar, empleados del Estado anteriormente a 1974, y muchos de los ministros de hoy y de los empleados civiles de mayor jerarquía han ascendido desde posiciones más bajas que ocupaban antes en el aparato imperial. Esto es totalmente cierto de acuerdo con la impresión que obtuve de los dos ministerios observados con más calma: el Ministerio de Información y el de Asuntos Exteriores. Este personal ha ascendido de puestos menores a posiciones superiores y muchos de los que fueron incorporados al aparato estatal provienen de una extracción de clase relativamente modesta.

La transformación del viejo Estado es también evidente en las reformas sociales. Las políticas implementadas por el Estado han barrido ciertamente con los restos de relaciones feudales en Etiopía y han abolido las más evidentes mani-

festaciones del capitalismo. A pesar de ser un régimen militar, el etíope ha ido más lejos que regímenes comparables en Asia, África y América Latina en cuanto a su reforma agraria y sus programas de nacionalización. Ciertamente en la esfera económica se han sentado las bases para una transición al socialismo. También en las relaciones internacionales el régimen ha roto mucho más decisivamente con la influencia occidental optando más por la Unión Soviética que otros regímenes militares aparentemente comparables, aun cuando las presiones del exterior, *via* las cuestiones de Ogaden y Eritrea, han dado un impulso sustancial a dicho rompimiento, y no hay que descartar una reforma política más prooccidental en el futuro. La clave para estas medidas excepcionalmente radicales y para el presente carácter del Estado reside, como ya he indicado, en la presencia continua dentro del régimen de fuerzas políticas civiles que ayudaron a derrocar al régimen imperial en 1974, combinada con un definido, si bien incipiente, radicalismo en el ejército. Los militares no llegaron al poder a través de un golpe repentino y han permanecido en el poder a través de la alianza, llena de dificultades como hemos visto, con los civiles. Estos últimos a menudo han defendido e incluso delineado las principales políticas del Consejo Provisional. La prueba final para el régimen del Consejo Provisional será cuando podamos ver si es capaz de traspasar el poder a las fuerzas civiles y de completar el proceso hacia un nuevo régimen civil, que ha sido detenido desde septiembre de 1974. Pues si se va a continuar con la transición al socialismo, el régimen debe crear las instituciones políticas necesarias para acompañar y consolidar las ganancias ya hechas en los campos económico y social. La otra alternativa es un régimen militar, disfrazado con una retórica socialista y basado en las nacionalizaciones de 1975-1976, que consolide su poder y con el tiempo elimine la influencia de las fuerzas civiles que están a favor de la continuación del proceso de transición.

2. Queda, además, la cuestión de la contrarrevolución.

Los oponentes de izquierda del Derg tienden a considerar a éste como contrarrevolucionario¹⁴ en sí mismo. Sin embargo esto es un error; el Consejo Provisional no quiere dar marcha atrás a la revolución. Esta etiqueta oscurece la existencia de otro peligro realmente contrarrevolucionario que podría revertir las reformas de 1975 y 1976, que es lo que el UDE quisiera hacer. Las guerras de Somalia y Eritrea, aunque con bases en causas locales, recibieron un apoyo sustancial de las fuerzas del exterior, particularmente del mundo árabe, porque estos estados conservadores quisieran ver la revolución etíope en reversa. La inestabilidad dentro del Consejo Provisional y en sus relaciones con los civiles se suma a la posibilidad de un completo derrocamiento del régimen existente.

3. Relacionado con esto, existe lo que los propios etíopes llaman el "terror rojo", el uso aparentemente sistemático de arrestos, torturas y asesinatos por parte del Consejo Provisional y los *kebeles* contra aquellos sospechosos de ser opositores. El régimen ha justificado esta política sobre la base de que es una respuesta a la campaña de asesinatos emprendida por el Partido Revolucionario Popular Etíope y la conducta de éste da credibilidad a tales afirmaciones. Pero esto no es ninguna justificación para la muerte de miles de personas que han muerto en circunstancias terribles mediante una desenfadada campaña y la suspensión de los derechos civiles. Aun dentro del régimen mismo ha habido oposición a estas acciones por gente que ratifica que los instrumentos de represión han escapado del control oficial, aunque en algunos casos esto refleja el deseo de un grupo de echar la culpa a los otros. El terror rojo llegó al clímax a fines de 1977 y comienzos de 1978, cuando las ciudades fueron cubiertas con carteles que proclamaban intensifiquen el terror rojo", pero posteriormente ha habido un intento de restaurar una medida de legalidad en los arreglos del régi-

¹⁴ Para una clara exposición de este punto de vista véase Markakis y Nega, *op. cit.*, pp. 146-147, y 178 ss.; para el punto de vista diametralmente opuesto de un oficial cubano dirigente, véase Valdez Vivo, *op. cit.*

men con sus oponentes. El resultado de tal política no es solamente reprimir la oposición sino también crear un clima de desesperación y miedo que evite toda discusión política genuina. No es necesario decir que tales condiciones no conducen al desarrollo de un auténtico partido político popular.

4. Finalmente existe la cuestión de las nacionalidades y particularmente de Eritrea. La política del Consejo Provisional al respecto ha sido, como hemos visto, inadecuada y el régimen ha continuado usando la represión para aplastar lo que considera fuerzas "contrarrevolucionarias". Aun cuando los eritreos ciertamente han recibido ayuda de estados como Arabia Saudita, cuyos motivos *son* contrarrevolucionarios, ésta no es la cuestión central. Durante un siglo antes de 1962, Eritrea fue una entidad separada de Etiopía y el fracaso del régimen imperial y del Consejo Provisional para hacer frente a las demandas de la población que pide una auténtica libertad dentro de una federación ha forzado a los eritreos a pedir su independencia. Al mismo tiempo que la solución óptima tanto para Etiopía como para Eritrea seguiría siendo constituir una federación dentro de un mismo estado, la demanda de un estado autónomo es en último caso una demanda legítima. Las tres nacionalidades desean también sus derechos y aunque ninguna tiene un caso tan claro como el de Eritrea, deberá darse una solución justa y permanente a sus demandas si es que la revolución etíope quiere sobrevivir y desarrollarse. Un fracaso en este aspecto, que incite al 60% no amaro de la población contra el 40% amaro-tigreño, conducirá a una explosión aún mayor de odio y violencia en la cual ninguna transformación socialista será posible.

Traducción del inglés por Arturo Peña